

FLORENCIA BONELLI

EL HECHIZO DEL AGUA

PRIMERA PARTE

Volviendo
(a Buenos Aires)

Como es arriba es abajo.

Extracto de *El Kybalión*,
de HERMES TRISMEGISTO,
sabio de la Antigüedad.

Capítulo I

Domingo 7 de julio de 2019.

El chico debía de tener unos quince años, dieciséis a lo sumo, y viajaba solo a juzgar por el cartelito con el logo de Iberia que llevaba al cuello y que rezaba «Menor no acompañado». Iba sentado a su lado en la clase turista del vuelo Madrid-Buenos Aires que aterrizaría dentro de unas horas en Ezeiza.

Al principio no le había prestado atención, absorta en la idea de que no llegaría a tiempo a su ciudad natal. Algo, no obstante, la distrajo. Se trató del fondo de pantalla del celular del adolescente, una foto, la cara sonriente del cantante Diego Bertoni, líder de la banda de rock argentina DiBrama, que encabezaba los rankings de los países hispanohablantes.

¿Por qué seguía sorprendiéndola que le sucedieran cosas insólitas? Con el Ascendente en Acuario, regido por el planeta Urano, más conocido como «el loco», su vida había estado y estaría signada por eventos inesperados y, sobre todo, desconcertantes, muchas veces dolorosos. Intentó quitarle importancia y se convenció de que no resultaba tan disparatado que un adolescente tuviese la foto del ídolo juvenil del momento.

El fondo de pantalla desapareció para dar vida a Spotify. Le extrañó que tuviese conexión a Internet, un servicio que se pagaba caro en los aviones.

Los dedos del adolescente se movían con agilidad mientras buscaban entre las opciones ofrecidas. Ahora que lo estudiaba, se dio cuenta de que tenía el mismo corte de pelo de Bertoni: las sienes rapadas y la coronilla cubierta por un pelo castaño, lacio y bastante largo, que había atado en una coleta a la usanza del músico. Se preguntó si, al igual que Bertoni, a veces lo peinaría en un rodete. Y no tuvo duda de que, de no haber sido imberbe, habría llevado una barba espesa aunque bien recortada como la de su ídolo.

Cerró los ojos en un acto ineficaz que pretendía borrar los recuerdos. Inspiró para aquietar las pulsaciones, sin mayor resultado. Encendió el Kindle y se puso a leer el libro de la astróloga norteamericana Donna Cunningham, *Sanando los problemas de Plutón*. Iba recién por Plutón en la Casa II, cuando lo que le interesaba era llegar a la siete, la de la pareja. Apretó los labios, enojada. El chico a su lado no tenía nada que ver con la oleada de memorias y de recuerdos que estaba asaltándola. La azotaba cada día desde hacía mucho tiempo, demasiado tiempo, a decir verdad. Había estado a punto de leer Plutón en la Casa VII apenas comprado el libro la semana anterior. Y todo porque era *su* ubicación de Plutón, la de él.

El avión se sacudió brusca y repentinamente. El indicador del cinturón de seguridad se encendió con un pitido y a continuación la voz del comandante inundó la cabina para anunciar que atravesaban por una zona de turbulencias.

Abandonó el Kindle y buscó el cinturón. Notó entonces que el adolescente se sujetaba a los brazos del asiento y que fijaba la vista al frente con una mueca crispada. La presión que ejercía con los dientes se vislumbraba en el modo en que se le marcaban los músculos de la mandíbula.

La desbordó la compasión propia de su signo, el último del Zodíaco, el de la constelación de los peces, conocido como Piscis. Más que compasión, le había explicado Cecilia Digiorgi, su astróloga y mentora, ella, como hija de Piscis, experimentaba el dolor ajeno en su propio ser. Hipersensibilidad neptuniana la llamaba, porque el planeta Neptuno era el regente de Piscis.

—No es fácil ser pisciano en este mundo tan hostil, querida Brenda —la había prevenido más de tres años atrás al leerle la carta natal—. Mejor dicho, es muy difícil —concluyó y subrayó el adverbio «muy».

Se ajustó el cinturón y apoyó la mano sobre la rígida del chico, que giró bruscamente la cabeza y le destinó una mirada de ojos despavoridos.

—Ya pasa —lo animó con una sonrisa—. Es solo un momento.

Un nuevo sacudón la despegó del asiento; de no haber estado sujeta habría caído fuera. No recordaba turbulencias tan brutales. El

adolescente le apretó la mano hasta hacerle doler; ella se la sostuvo. Los sacudones cesaron pocos minutos más tarde.

—Gracias —murmuró el chico con voz disonante y le soltó la mano.

—De nada. Es la primera vez que paso por turbulencias tan fuertes. Da muchísimo miedo, ¿no? Tomá un poco de agua —le sugirió y le señaló la botellita insertada en el bolsillo del asiento delantero—. Te va a venir bien.

El adolescente obedeció. Resultaba palmaria su incomodidad; lo mortificaba haber revelado cuánto miedo tenía. Podía leerle la mente y sentir lo mismo que él. Lo dejaría en paz. Recuperó el Kindle dispuesta a volver a la lectura.

—¿Cómo te llamás?

—Brenda. ¿Y vos?

—Francisco. ¿Cuántos años tenés?

—Veintitrés. ¿Y vos?

—Casi dieciséis. Viajo solo —agregó deprisa y Brenda reprimió la sonrisa ante el despliegue de arrogancia.

Francisco también le contó que era porteño, pero que vivía en Madrid con la madre desde hacía dos años. Estaba volviendo a la Argentina aprovechando el verano europeo para pasar los meses de vacaciones con el padre, que había prometido llevarlo a esquiar a Las Leñas.

—También me va a llevar al concierto de DiBrama —añadió con una esperanza enternecedora—. Ya compró las entradas. Las compró hace meses, apenas el Moro anunció que terminarían la gira por Latinoamérica en Buenos Aires. —Había llamado a Diego Bertoní por su sobrenombre, el Moro. —Se agotaron en pocas horas. Conocés a DiBrama, ¿no? —Brenda asintió. —Claro, ¿quién no lo conoce? ¡Son lo más! El tema nuevo, *La balada del boludo*, está en el puesto número uno del ranking. ¿Lo escuchaste? —Brenda volvió a asentir, aunque no fuese verdad. —Me mata. Es medio balada romántica, medio reguetón, medio indie rock. La rompe. Y ese comienzo con violines... Qué genios.

—Sabés mucho de música.

—Quiero ser músico —declaró—. Mi inspiración es el Moro. Y un poco Manu. ¿Sabés quién es Manu? —No le dio tiempo a asentir. —Es el baterista de la banda, el mejor amigo del Moro. Rafael también

es muy amigo del Moro, pero a Manuel lo conoce desde jardín de infantes. ¡Qué masa tener amigos así! Por eso a la banda la llamaron Di-Brama, por Diego... Ese es el verdadero nombre del Moro —aclaró—, no sé si sabías —dijo y de nuevo prosiguió sin esperar la respuesta—. Lo demás está por Rafael y Manuel. Bueno, y por Brenda. La b es de Brenda. ¡Justo! ¡Como tu nombre! Brenda era parte de la banda. Pero se fue antes de que se hiciese famosa. Los chicos no quisieron sacar la b porque dijeron que ella siempre iba a estar con ellos. Y Rafa dijo el otro día que está en mayúscula porque ella era la mejor de los cuatro. No es que Brenda se murió, ¿eh? Pero dejó la música. Hay videos con ella en YouTube. Ella y el Moro eran los vocalistas. Dicen que en vivo tenía una voz que la partía. Qué bajón que se haya ido. Yo la busqué por las redes, pero no hay nada. Brenda Gómez se llama.

—¿Sabés tocar algún instrumento?

—Quiero aprender los mismos que toca el Moro: la guitarra y el piano. La rompe *mal*.

—Lo admirás mucho, ¿eh?

—Sí, muchísimo. Es un genio como músico y es re buena persona. Mirá. —Encendió el celular e ingresó en su cuenta de Instagram, @fran_pichiotti2003.

—Tenés conexión.

—La azafata me dio una tarjetita con un código para conectarme. Se las dan gratis a los de business.

—Conque tenés coronita.

—Es porque viajo solo, supongo. Pero mirá —insistió—, hace meses le mandé un mensaje y él me respondió. ¡Él mismo! Mis amigos dicen que respondió la secretaria, pero yo sé que fue él.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Mirá.

Buscó el usuario de Diego Bertoni y Brenda atisbó que tenía dos millones y medio de seguidores antes de que Francisco ingresara en «Mensaje» para mostrarle el corto intercambio mantenido con su ídolo unos meses atrás.

—Yo le escribí porque estaba mal —explicó—. Se acababa de morir mi abuelo en Buenos Aires y no podía viajar para el entierro. Le conté al Moro que escuchar su canción *Todo tiene sentido (excepto que no estés*

aquí) me hacía olvidar de que mi abuelo se había muerto. Y mirá lo que me contestó.

Brenda se inclinó sobre la pantalla ofrecida y leyó: *Fran, convertí la tristeza por la muerte de tu abuelo en fuerza para hacer algo que a él lo hubiese puesto orgulloso de vos. Eso hice yo cuando murió mi hijo. Le prometí que me convertiría en un músico del que estaría orgulloso y lo logré. Abrazo.*

¿Por qué tenían que sucederle esas cosas?, volvió a cuestionarse al borde del llanto. Si algo le había enseñado la astrología era que, por el principio de correspondencia, como era arriba era abajo, como era adentro era afuera. Lo que sucedía fuera de ella se correspondía y se reflejaba en las energías que bullían en su interior. De alguna manera mágica e inexplicable, ella misma las generaba. O tal vez el cosmos se las enviaba porque las necesitaba. Como fuese, nada era casual. Por cierto, no era casual que ese chico se hubiera sentado junto a ella en un avión con cientos de pasajeros y que le mostrara el mensaje en el cual Diego Bertoni mencionaba a su hijo muerto.

—Él nunca habla del hijo que se le murió —comentó Francisco, en tanto Brenda forcejeaba para desabrocharse el cinturón—. Ni siquiera dice cómo se llamaba.

—Disculpame —barbotó con voz rara y agradeció ocupar un asiento junto al pasillo que le permitió una escapatoria rápida. Estaba costándole refrenar las lágrimas.

Se encerró en el baño y se reclinó en el lavatorio. Su largo cabello castaño se deslizó hacia delante y le ocultó el rostro. Se mordía el labio y apretaba los párpados. Las letras del mensaje se repetían en su mente. *Eso hice yo cuando murió mi hijo. Le prometí que me convertiría en un músico del que estaría orgulloso y lo logré.* «Ni siquiera dice cómo se llamaba», había declarado Francisco.

Alzó la vista con un miedo que se propuso vencer. Tardó en despegar los párpados. Veía borroso a causa de las lágrimas.

—Bartolomé Héctor —tartamudeó sin aliento—. Así se llamaba su hijo —susurró casi sin voz.

Se cubrió el rostro y rompió a llorar. El estruendo de las turbinas ahogaba los espasmos causados por el quebranto y ella daba rienda suelta a un dolor tan profundo como devastador. Aunque intentaba

calmarse, estaba resultándole imposible. Se incorporó y echó la cabeza hacia atrás. Se quedó mirando el techo del minúsculo baño, aún corta de aliento y con la mirada turbia. Alzó el puño al cielo y lo sacudió con rabia.

—¿Qué quieres de mí? ¡Qué! ¡No te entiendo! ¿Por qué me hacés esto? Y la b la dejó por su hijo, no por mí.

Se hizo un nudo con el propio cabello y se enjuagó la cara. Se la secó con pasadas lentas mientras se estudiaba la nariz roja y los ojos inyectados.

—¿Alguna vez pasará este dolor? —le había preguntado a Cecilia no mucho tiempo atrás.

—Disminuirá, supongo. Aunque suene trivial, el tiempo cura las heridas. Y alejarte y tomar distancia como has hecho también ayuda —había añadido.

Alejarse no había servido porque el dolor anidaba en ella, se nutría de su debilidad y crecía hasta ocuparla por completo, tanto que en ocasiones le cortaba la respiración.

Salió del baño. No volvería a su asiento, no aún. Se dirigió hacia la cocina. La azafata enseguida accedió a prepararle un té al descubrirle la expresión congestionada. Lo bebió allí mismo, de pie, mientras hojeaba la revista del avión.

—Mira lo que te he conseguido, guapa —dijo la azafata y le entregó cuatro barras de chocolate con el logo de Iberia—. Venga, dale un bocado y verás cómo después las cosas no parecerán tan malas.

—Gracias. Qué amable —susurró y, aunque no tenía deseos de comer, lo hizo porque de pronto se sintió lánguida.

Al regresar a su asiento, Francisco se quitó los auriculares y la contempló, preocupado.

—¿Estás bien? ¿Te pasó algo?

—Ya me siento mejor —aseguró, mientras se echaba en la butaca; le dolía el cuerpo.

—¿Fue por mi culpa? El marido de mi mamá dice que hablo mucho y que aturdo a la gente.

—No fue por tu culpa en absoluto —expresó y lo miró a los ojos.

Notó que eran de un color indefinido entre el gris y el verde. «Como los de Diego», se dijo, aunque los de él poseían una intensidad única, tal

vez por lo renegrido de las pestañas, que le conferían el aspecto de un delineado negro y que le habían ganado el sobrenombre de «El Moro».

—Fueron las turbulencias —mintió—. Mirá lo que conseguí. —Le entregó las barras de chocolate.

—¡Qué masa! Estoy cagado de hambre. ¡Uy, perdón! El marido de mi mamá también dice que soy un bocasucia.

—No hay drama. No me asustan las malas palabras. Dale, comé. Son tuyas.

—No —se opuso el chico—. Solo una. Es lo justo.

—Yo me arreglo con esta —aseguró y le enseñó la que había abierto en la cocina.

—¡Gracias, Brenda!

Comieron en silencio.

—¿Y? —se interesó ella—. ¿Le hiciste caso al líder de DiBrama y convertiste el dolor en fuerza?

Francisco asintió mientras se daba tiempo para tragar.

—Sí, y fue espectacular. Yo sabía que mi abuelo estaba preocupado porque a mí no me iba bien en el nuevo colegio de Madrid. Odiaba todo de ese lugar y extrañaba el cole de Buenos Aires. Cada vez que hacíamos Skype, él me preguntaba cómo me iba y yo le contaba.

—¿Entonces?

—Entonces, después de leer el mensaje del Moro, me puse las pilas y levanté las notas en las materias que tenía abajo, que eran casi todas —agregó con una sonrisa tímida—. Pero no me quedé ahí. El Moro me había dicho que le había prometido a su hijo que se convertiría en un músico del que él estaría orgulloso. Yo le prometí a mi abuelo que me convertiría en el mejor alumno, para que él estuviese orgulloso.

—¿Lo lograste?

—Sí. Este año terminé con el mejor promedio de mi curso.

—¡Genio! —exclamó y le ofreció la mano, que Francisco chocó con orgullo—. Tendrías que escribirle y contárselo.

—¿Al Moro?

Brenda asintió.

—Creo que le va a encantar saber cuánto te ayudó con sus palabras.

—¿En serio? ¿Te parece? No quiero ser pesado. Soy súper fan, pero no soy de esos frikis que acosan a su cantante favorito.

—Estoy segura de que le va a encantar.

«Como buen virginiano», meditó, «ama ser útil para los demás». Y se acordó de lo que le había contado Mabel, la abuela materna de Diego, a quien llamaban Lita. «Desde chiquito, mi Dieguito solo quería ayudar y ser útil. Igual que ahora», había añadido mientras lo contemplaba con una mezcla de amor y de añoranza en tanto Diego ponía la mesa. Él le guiñó un ojo, lo que bastó para que el corazón le latiera velozmente.

—No sé si escribirle —dudó Francisco—. No creo que me responda otra vez. Además, está de gira. Hoy tocaban en México DF. ¿Qué hora será allá? —Consultó el celular. —Deben de estar en medio del concierto. El de Buenos Aires va a estar a pleno. Lo van a hacer en Vélez, el 4 de agosto. No veo la hora de que llegue ese día. ¿Soy muy zarpado si te pido tu usuario de Instagram?

—No tengo Instagram. Ni Twitter ni Facebook. —Rio ante la cara de asombro de Francisco. —Sí, lo sé, soy un bicho raro. Pero si querés, te dejo mi número de celular.

—¡Sí, buenísimo!

El chico lo grabó en su listado de contactos bajo el nombre «Brenda del avión».

—¿En qué barrio vivís? —quiso saber Francisco—. Mi viejo vive en Recoleta.

—Yo vivo en Madrid, a decir verdad. En Malasaña.

—¿Me estás jodiendo? ¡Uy! —Se tapó la boca. —Perdón.

—Cero drama. Sí, vivo en Madrid.

—Yo vivo en El Retiro.

—¡Qué lujo! —bromeó Brenda y Francisco se encogió de hombros.

—Y en Buenos Aires —se interesó—, ¿dónde parás?

—Mi casa está en Almagro.

—¿Vas a visitar a tu familia?

—Viajo porque mi abuela está internada, muy mal.

—¡Qué bajón!

Se quedó mirándolo, incapaz de hablar. Lautaro, su hermano mayor, la había llamado por teléfono el día anterior de madrugada para avisarle que habían internado a su abuela materna con un severo cuadro de neumonía. Aunque el llamado la aterró, no la sorprendió; hacía días que, debido a su proverbial poder intuitivo, vivía con una opresión en

el plexo solar y soñaba con la abuela Lidia. Ahí estaba la respuesta. No quería pensar en que llegaría tarde. Necesitaba acallar la voz que la prevenía de que se aproximaba el momento en que le tocaría despedirse de su abuela. Bien sabía que esa voz no se equivocaba; formaba parte de los dones (o las maldiciones) con que contaba por haber nacido bajo el signo de los peces.

—¿Estás contento de vivir en Madrid? —preguntó para cambiar de tema y Francisco la entretuvo con sus historias y ni siquiera dejó de hablar cuando les sirvieron el desayuno faltando un par de horas para el aterrizaje.

—¿Y vos qué hacés en Madrid, Brenda?

—Soy asistente ejecutiva y estudio astrología y tarot.

Estaba acostumbrada a la reacción de las personas cuando decía lo que estudiaba.

—¿Eso es para escribir el horóscopo en las revistas?

Brenda rio.

—Podría dedicarme a eso, pero a mí me interesan otros usos de la astrología.

—¿Cómo por ejemplo?

—Conocerme a mí misma y mi destino. Y conocer a los demás para comprenderlos.

—¿Para eso sirve la astrología?

—Entre otras cosas.

—Suena zarpado. ¿Y el tarot? Eso es con las cartas, ¿no?

—Similar a la astrología, solo que son las cartas las que te hablan de vos y de tu destino. En la astrología se usa la ubicación de los planetas en el momento en que naciste.

—Es medio brujería eso, ¿no?

—En realidad es mágico, como lo es todo. Si te fijás, para las cosas más importantes no tenemos respuestas racionales ni lógicas.

—¿Tipo?

—De dónde viene el ser humano y para qué estamos en esta vida. ¿Somos seres inmortales? ¿Dónde vamos cuando morimos? ¿Nos reencarnamos?

—¡Qué bajón! Es cierto, estamos en bolas.

—¿De qué signo sos, Fran?

—De Sagitario, pero no tengo idea qué significa. ¿Y vos?

—Soy de Piscis —declaró con fingida vanidad—, el mejor signo.

—¿El mejor?

—El más complejo —explicó, risueña.

—¡Qué casualidad! DiBrama tiene un temazo que se llama *Nacidos bajo el hechizo de Piscis*. ¿Lo escuchaste?

La azafata se inclinó para retirarles las bandejas y Brenda aprovechó para escabullirse al baño. Con el portacosméticos en mano, se ubicó al final de una cola de tres personas. No le molestaba esperar. Dejaría pasar el tiempo para que Francisco olvidase lo que acababa de preguntarle. Regresó tras haberse cepillado el pelo y maquillado un poco para ocultar la noche de insomnio, llanto y emociones extremas.

—¡Guau! —exclamó Francisco al verla—. Estás re linda.

—Gracias —dijo y sacudió las pestañas en actitud coqueta—. ¿Mejoré un poco?

—Una banda —confirmó el chico en su modo histriónico, que, ahora sabía, provenía de su Sol en Sagitario—. ¿Tenés novio? Sí, seguro tenés —se contestó de inmediato.

—Estoy saliendo con alguien, sí, pero es muy reciente. Y vos, Fran, ¿tenés novia?

—No, pero me gustan dos chicas, una de Madrid, compañera del cole, y otra de Buenos Aires, la sobrina de la mujer de mi papá. En realidad, son tres, porque hay otra que me encanta, pero es mucho más grande que yo y dudo de que me dé bola.

Brenda se echó a reír y supuso que había algún componente geminiano en la carta natal de Francisco que lo volvía inconstante y encantador.

—¿Soy muy zarpado si te pido que nos saquemos una foto?

—Para nada. De paso les das celos a las chicas que te gustan —propuso y le guiñó un ojo.

La foto terminó en Instagram con un comentario. *Brenda, la más copada compañera de viaje.*